

»que haya pasado por Ginebra, en lo cual manifiestan »ciertamente conocer poco mi alma, creyéndome tan tímido que no sea capaz de una pequeña temeridad.»

El Duque en efecto, habiéndose informado reconoció la falsedad de la acusacion, y escribió á Francisco para decirle que le conservaba toda su benevolencia, y esperaba en cambio su amistad, á la cual daba un gran aprecio.

Otros rumores que corrieron por esta época, encontraron igualmente superior á Francisco á los discursos de los hombres y á los intereses pasajeros. Se decia por todas partes, que para satisfacer á los herejes que no podian tolerar su celo, y menos aún las conquistas diarias que hacia en su secta, iban á trasladarle á otra diócesis; y esta noticia afligia tanto á los buenos como alegraba á los malos. En cuanto á él, indiferente por el abandono de su obispado, se limitó á declarar que no aceptaria otro, por respeto á las palabras del Apóstol: *Si estais unidos á una esposa, no trateis de separaros de ella: si estais separados, no busqueis otra* (1); y despreciando todos estos rumores, continuó su ministerio sin perder nada de su igualdad de alma.

Su corazon sin embargo, en medio de todos estos sucesos y opiniones, experimentó una amable distraccion con la visita que recibió por entonces del Obispo de Belley, que fué á darle gracias por haberle querido consagrar. Los dos prelados encontraron tanto encanto y provecho en esta entrevista, que convinieron en pasar cada año una semana el uno en casa del otro, para vacar allí á los ejercicios de un retiro espiritual, á cuyo convenio fueron fieles hasta que la muerte los separó. «Nos visitábamos todos los años recíprocamente, dice el Obispo de Belley, y esta visita duraba una semana entera, sin contar el dia de la llegada ni el de la partida.» Nada tan amable y edificante como estos dias de retiro y de oracion pasados en el seno de la amistad. Allí, libres de toda sujecion de etiqueta y cumplido,

(1) I Cor. VII, 27.

se reflexionaba á gusto sobre Dios, los propios deberes y la conciencia, se oraba, se leia con toda libertad; luego venian las dulces comunicaciones de una santa amistad, donde cada uno derramaba su corazon en el del otro; donde el Obispo de Ginebra, en particular, daba á su joven amigo, con franqueza y candor, las lecciones de su anciana experiencia, de su profundo saber, de su eminente piedad, que este recogia en seguida por escrito para conservarlas como un precioso tesoro: deliciosas y edificantes conversaciones, á las que somos deudores de la obra que tiene por título: *Espíritu de San Francisco de Sales*, la cual nos ha proporcionado y continuará proporcionándonos el conocimiento de tantos rasgos encantadores.

Todo era noble y digno en sus mútuas relaciones; el Obispo de Belley veneraba al de Ginebra como un santo, y este no veneraba menos á su amigo que, no pudiendo comprender tanto honor, se atrevió un dia á quejarse de ello á él mismo. «¿Y en cuanto, le contestó Francisco, apreciáis á Jesucristo, á quien honro en vuestra persona? Si lo tomáis por ese lado, contestó Monseñor de Belley, aunque me habláseis de rodillas no me admiraré ya.» (1) Todo era gracioso y útil en sus conversaciones. Si el Obispo de Ginebra notaba algun defecto en su joven amigo, se lo indicaba con los encantos de la prudencia, que acompañaban los de su talento y de su corazon. He aquí algunos ejemplos: Habia notado que con lo largo de sus oraciones antes y despues de la Misa, el joven prelado disgustaba mucho á sus diocesanos. Para corregirle empezó por darle ejemplo de lo contrario, y un dia que los negocios que tenia que despachar le habian detenido toda la mañana en su cuarto, bajó á las once á la capilla, no hizo mas que una corta oracion antes y despues de la Misa, y volvió en breve con una serenidad angelical en su rostro á tomar parte en la conversacion de los convidados, para no hacer su piedad molesta á los que le esperaban para el almuerzo. «Por la noche re-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. V, sec. XI.

»fiere Mr. de Belley, cuando quedaron solos, le dije con
 »la libertad de un hijo que habla á su padre: «Padre mio,
 »me parece que para un hombre como vos, despachais muy
 »pronto vuestros ejercicios de preparacion y accion de
 »gracias, y he encontrado una y otra muy cortas.—¡Oh
 »Dios, me dijo, qué placer me causais diciéndome clara-
 »mente las verdades! y abrazándome añadió: Hace tres ó
 »cuatro dias que tengo una cosa semejante que deciros, y
 »no sabia por dónde empezar. ¿Pero qué me decís de vues-
 »tras largas oraciones que mortifican á todos? Todos se
 »quejan, y vos sois el único que lo ignorais; ¡tan pocas
 »personas hay que se atrevan á decir las verdades á los
 »Obispos! Como nadie os ama aquí tanto como yo me han
 »dado esa comision; un poco de lo que os sobra nos ven-
 »dría bien á los dos; vos lo haríais mas brevemente y yo
 »no lo haria tan limitado. ¿Creeis que sea muy caritativo
 »hacer esperar tanto á los que quieren asistir á vuestra
 »Misa, y á los que tienen que hablaros en seguida? La ora-
 »cion de la mañana es suficiente preparacion, y la accion
 »de gracias la podreis hacer en el resto del día cuando no
 »molesteis á nadie.» (1)

Monseñor de Camus, al principio de su episcopado
 tenia otro defecto, y era el que queria precipitar las refor-
 mas. «Caminad dulcemente en vuestros negocios y avan-
 »zad poco á poco, le decia su santo amigo; á menudo no se
 »hace el bien por quererlo hacer pronto y bien. Es preciso
 »obrar poco á poco y ganar el terreno palmo á palmo, *pe-
 »detentim*: tal era su divisa.» (2) Vivo por carácter el
 Obispo de Belley, reprendía con un celo aspero y amargo
 á los que faltaban. El Obispo de Ginebra, para corregirle
 le decia estas bellas palabras (3): «Que la verdad que no es
 »caritativa, procede de una caridad que no es verdadera;»
 es decir, segun el comentario que ha hecho el mismo

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. I, sec. XV.

(2) *Idem*, part. I, reg. I, II y III.

(3) *Idem*, part. X, sec. VII; part. XV, sec. XIII.

Monseñor de Camus, que cuando hay que decir al prójimo
 verdades desagradables, se deben sazonar con tanta dul-
 zura y caridad que les quite todo su amargura, pues no
 se ama verdaderamente á los que se reprende con dureza.

«No se debe nunca, añade, hacer una corrección por
 »enfado, sino solo por caridad; y en dos señales se reco-
 »noce si la correccion procede de la caridad: la primera
 »es que no se dice la verdad al prójimo sino por amor
 »de Dios y por el bien del que es reprendido; la segunda,
 »que se le dice en espíritu de dulzura, mezclando, como
 »la caritativa Samaritana, el aceite con el vino en las
 »llagas del herido. La reprension, que es amarga por na-
 »turaleza, suavizada con la dulzura y cocida en el fuego
 »de la caridad, es muy cordial y amable. Todo hombre
 »que quiere enseñar á los otros las sendas de la justicia,
 »debe resolverse á sufrir sus injusticias y á recibir su in-
 »gratitud en paga. En el gobierno espiritual, añadía, no se
 »debe tener el espíritu absoluto y dominante, pues no se
 »fuerzan las voluntades humanas, sino que se ganan con
 »dulces insinuaciones; se llama dulcemente á la puerta
 »de los corazones, se insta dulcemente á que abran; y si
 »lo hacen se introduce en ellos la salvacion con alegría, y
 »si rehusan abrir, se sufre esta repulsa con dulzura. En
 »la galera del amor divino no hay forzados, sino que todos
 »los remeros son voluntarios. Dios sufre las resistencias á
 »sus inspiraciones, y no por eso deja de inspirar, aunque
 »las desprecien; y los ángeles custodios hacen lo mismo y
 »no nos abandonan, aunque abandonemos á Dios: esos son
 »nuestros modelos.» (1) Este era el consejo que el santo
 Obispo gustaba de repetir con frecuencia á su amigo, y
 no contento con inculcárselo de viva voz, se lo recordaba
 hasta en sus cartas.

«Me alegro, le escribe al saber sus predicaciones en Be-
 »lley y el poco fruto de ellas, me congratulo con vuestro
 »pueblo, que tiene la dicha de recibir de vuestra boca las

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. VII, sec. X; part. XV, sec. XIII.

»aguas saludables del Evangelio, y me congratularía mas
 »si las recibiese con el afecto y reconocimiento debidos al
 »trabajo que tomáis en prodigárselas tan abundantemente.
 »Pero, Monseñor, es preciso sufrir á los niños cuando son
 »pequeños; y aunque algunos muerdan el seno que los
 »alimenta, no se les debe quitar. Acordaos de las palabras
 »del apóstol: *Prædica verbum in omni patientia et doctrina;*
 »en las cuales pone la paciencia primero como mas nece-
 »saria, y sin la cual la doctrina no sirve de nada. Conti-
 »nuaremos cultivando bien; no hay tierra tan ingrata que
 »el amor del labrador no haga fecunda.»

Esta paciencia, tan recomendada por el santo Obispo, faltaba á veces á Monseñor de Belley, y cuando le ocurría esto no tardaba en quejarse. Un dia que lo hacia en presencia de su amigo: «Convengo, le dijo este, en que han sido injustos con vos, pero en vuestra mano está el ser mas sabio.—¿Cómo? preguntó Monseñor de Camus.—Callándoos.» Y para animarle, el santo Obispo le citó el ejemplo edificante de una de sus religiosas de la Visitacion, que no habiendo dejado escapar una queja entre los largos y agudos sufrimientos de su última enfermedad, le habia preguntado poco antes de morir, si no sería *una insigne cobardía é infidelidad* decir que sentia mucho mal, y parecer así que se quejaba ó que queria que la compadeciesen (1).

Monseñor de Belley creyó poder, como Obispo, dispensarse de confesar; Francisco de Sales le reprendió; obedeció, y al punto su confesonario fué invadido de penitentes. «Verdaderamente, escribe á su digno amigo, queriendo hacer de mí un confesor, habeis hecho un mártir; yo no puedo más.—¿Habeis visto, le contesta el Obispo de Ginebra, á los vendimiadores ó segadores quejarse del exceso de la vendimia ó de la cosecha? ¡Qué dicha para vos que Dios se digne servirse de vuestro ministerio para libertar á tantas pobres almas de la muerte del pecado, y

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. VIII, sec. XXXVI.

»volverlas á la vida de la gracia! Sin embargo, quereis
 »que os compadezca, y que sople un poco sobre vuestro
 »dedo malo. Pues bien, sea así. Confieso que así como se
 »llama mártires á los que confiesan á Dios ante los hom-
 »bres, igualmente se puede llamar mártires á los que con-
 »fiesan á los hombres delante de Dios. Pero valor, y per-
 »maneced en esa cruz, perseverando en ella hasta el
 »fin.» (1).

Monseñor de Belley predicaba con mas gusto que confesaba; pero sus sermones no eran como Francisco de Sales los deseaba, y en su consecuencia le recomendó usara mas sobriamente de las riquezas de su imaginacion y de las flores de la retórica; que prefiriera á los grandes discursos la esplicacion del catecismo, los asuntos de meditacion y los retiros. «Temo, decia, que vuestras flores no produzcan frutos, y ya es tiempo de podar vuestra viña y despojarla de vanos ornamentos: *Tempus putationis advenit*. Aunque sea loable aplicar los vasos egipcios para el adorno del santuario, no se debe hacer sino sóbriamente.» (2)

«Un dia, cuenta el Obispo de Belley (3), fuí invitado á predicar en la iglesia de la Visitacion, y sabiendo que el bienaventurado asistiría con un numeroso auditorio, preparé el discurso lo mejor que me fué posible. Por la noche, cuando quedé solo con él.—Y bien bien me dijo, habeis complacido hoy mucho al auditorio; todos salian de vuestro sermon diciendo *maravillas*. No he encontrado mas que uno que no ha quedado contento.—Desearia saber, le dije, qué es lo que ha disgustado á esa persona; en cuanto á su nombre poco me importa, no deseo conocerla.—Pero yo, contestó Francisco, tengo gran deseo de decíroslo.—¿Quién es pues?—Si no tuviera confianza en vos no la nombraría; pero como os conozco, lo haré con gusto.—

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. II, sec. XXXVI.

(2) Idem, part. II, sec. X.

(3) Idem, part. II, sec. XIX.

»Vedla aquí.—Miré en el cuarto, y no viendo mas que á él:
 »¡Sois vos! le dije.—Yo mismo, contestó.—He ahí una cosa,
 »añadí, que abate maravillosamente mi triunfo; yo hubiese
 »querido mas vuestra sola aprobacion que la de toda una
 »provincia: pero sea Dios loado; he caido en manos amigas
 »que no me hieren sino para curarme.—Os amo demasia-
 »do, me dijo, para perdonaros y adularos. Si hubiéseis ama-
 »do así á nuestras hermanas, no os hubiérais entretenido
 »en lisonjear su vanidad en vez de edificarlas, en alabarlas
 »en vez de enseñarlas. No se debe nunca subir al púlpito sin
 »tener un designio particular de edificar algun rincon de
 »las murallas de Jerusalén, es decir, de enseñar la práctica
 »de alguna virtud ó el modo de evitar un vicio (1).—¿Pero
 »qué conversion podia predicar á unas almas tan santas?—
 »Canonizais muy facilmente á los vivos; se debe enseñar
 »al auditorio á humillarse, en vez de tentarle á tener pre-
 »suncion y vanidad.»

«Al dia siguiente, continúa el Obispo de Belley, el
 »bienaventurado me hizo predicar en las religiosas de San-
 »ta Clara, y dejando la retórica para no proponerme mas
 »que la edificacion, hablé con gran sencillez de lenguaje
 »y de pensamientos, prosiguiendo con mucho orden y des-
 »envolviendo bien mi asunto. A la vuelta, el bienaventu-
 »rado fué á visitarme á mi cuarto, que era el suyo, porque
 »cuando yo le visitaba me colocaba siempre en su lugar,
 »y abrazándome tiernamente: Verdaderamente os amaba
 »mucho ayer, pero hoy os amo aún mas. Sois solo segun
 »mi corazon, y si no me engaño, segun el corazon de Dios.
 »Vuestros oyentes decian: Los dias se suceden y no se pa-
 »recen, y no estaban tan contentos como ayer; pero el que
 »no estaba satisfecho ayer lo está hoy estraordinariamen-
 »te. Seguid siempre este método, y Dios hará útiles vues-
 »tros trabajos; poseereis la ciencia de los santos; ¿y qué
 »mas queremos saber que Jesus, y Jesus crucificado?»

«Haced poco caso, decia, de lo que diga el público de

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, part. XIV, sec. XXII.

»vuestros sermones. Un buen anciano, encargado de cui-
 »dar el reloj de un colegio, procuraba contentar á todos y
 »no podia conseguirlo; unos se quejaban de que el reloj
 »atrasaba, y lo adelantaba; otros de que adelantaba, y lo
 »atrasaba; pero por mas que hizo, las quejas se sucedian
 »contínuamente. Afligido fué á consultar al superior.—
 »Dejad al reloj seguir su paso, le dijo este, dad solamente
 »buenas palabras, y todos quedarán contentos; y así su-
 »cedió. Haced lo mismo: si quereis escuchar los diversos
 »juicios de los hombres, nunca hareis nada, y será como la
 »tela de Penélope, siempre empezándose. Dad á todos bue-
 »nas palabras y luego seguid vuestro camino, siguiendo
 »vuestro natural, en vez de alterarlo condescendiendo con
 »las censuras de este y del otro: mirad á Dios solo, y aban-
 »donaos á su gracia.» (1)

«El bienaventurado, continúa Monseñor de Belley, me
 »recomendaba sobre todo empezar siempre por practicar lo
 »que quisiera enseñar, porque, decia, es imperfecto aquel
 »que tiene la lengua mas larga que el brazo; y estaba de
 »tal suerte penetrado de este principio, que cuando elo-
 »giaban á algun predicador en su presencia, preguntaba al
 »punto: ¿En qué virtud sobresale, en humildad, en dulzu-
 »ra ó en mortificacion?»

«En fin, despues de haber censurado mis defectos, el
 »bienaventurado añadía (2): Yo creo que me agradeceis
 »mucho esto, porque son los mayores testimonios de afecto
 »que puedo daros, porque os amo estremadamente, y no
 »puedo sufrir en vos la menor imperfeccion; las moscas en
 »otros á quienes amo menos me parecen en vos elefantes,
 »por lo mucho que os amo. Si quereis corresponderme re-
 »prendiéndome á vuestra vez, reconoceré en eso vuestra
 »amistad; pero no noto en vos sino frialdad en ese par-
 »ticular. Sois demasiado circunspecto; el amor camina de
 »frente y sin tantos miramientos.»

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, part. II, sec. IX.

(2) *Idem*, part. I, sec. XVI; part. XVI, sec. XL.

Con la censura de los defectos, el santo Obispo mezclaba palabras de consuelo y de aliento para levantar el alma, á veces abatida, de su digno amigo. Con frecuencia este se inquietaba por haber sido consagrado antes de la edad requerida, y segun su espresion, «por haber sido hecho capitán antes que soldado. Consagrándome así, dijo al Obispo de Ginebra, habeis cometido una falta.—Sí, contestó Francisco, he cometido ese pecado, y temo que Dios no me lo perdonará, porque no puedo tener contrición de él; pero os pido que vivais de modo que no me deis lugar á arrepentirme. No he consagrado á nadie mas que á vos; sois mi unigénito, mi ensayo y mi obra maestra á un mismo tiempo. Tengamos buen ánimo, que Dios nos ayudará (1). En vez de mirar atrás para inquietarnos, miremos siempre adelante para ser cada dia mejores.—Pero, le dije, no puedo pensar sin estremecerme en el peso de la carga episcopal.—¡Ah! contestó, ¿qué diriais si tuviéseis una diócesis como la mia (2), sentina de todos los errores?—Pero en medio de todos esos herejes, teneis tantas buenas almas que hacen vuestro gozo y vuestra corona.—Y vos tambien, me replicó, teneis la misma ventaja; no está bien decir que las mieses del vecino son siempre mas abundantes que las nuestras, y sus rebaños mas gordos que los nuestros: se debe bendecir á Dios por lo uno, y no ser ingrato por lo otro. Después de todo, es cierto que el cargo pastoral agoviaría mucho si lo lleváramos solo; pero Nuestro Señor lleva de este yugo una parte, que es el todo, porque nos lleva á nosotros con nuestra carga. Por esto debemos servirle con temor, aunque sin dejar de alegrarnos y tener buen ánimo, porque la humildad que se desalienta es mala (3).—Lo que me espanta, le dije, es el peligro de perder mi ino-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. I, sec. XII.

(2) *Idem*, part. XV, sec. XV.

(3) *Idem*, part. II, sec. VII; part. VII, sec. V; part. IX, sec. XII.

»cencia con el contacto del mundo.—Se debe hacer distincion, me contestó, entre las personas privadas y las que están constituidas en dignidad; las primeras deben confiar la guarda de su caridad á su castidad y ser muy reservadas, porque se esponen sin causa legítima, y experimentarán la verdad del oráculo: Quien ama el peligro perecerá en él. Las segundas, por el contrario, deben confiar la guarda de su castidad á su caridad, y esperar que no esponiéndose sino á los peligros inseparables de su vocacion, serán asistidos por la gracia y no caerán.»

A pesar de estos sabios consejos, el Obispo de Belley pensaba en deponer su cargo; una responsabilidad tan grande le espantaba, y el cuidado del prójimo le parecia un obstáculo al de su propia perfeccion. «Soy, decia, como la antorcha que se consume iluminando á los otros, y el tiempo que dedico á la salvacion de los prójimos me impide pensar en la mia.» Con el fin de tranquilizar la conciencia alarmada de su amigo, el Obispo de Ginebra le recordó aquellas bellas palabras de San Agustin; que si el amor de la verdad aspira á un santo reposo para gustar mejor de ella, la verdadera caridad se sacrifica al trabajo para comunicarla á los otros. *Otium sanctum diligit charitas veritatis, negotium justum suscipit veritas charitatis* (1). «La parte de María que contempla es bella, añade, pero solo es para las vocaciones extraordinarias, ó para aquellos que han gastado sus fuerzas en el servicio de las almas, y no tienen mas que prepararse á la muerte. Trabajais por vuestra salvacion procurando la del prójimo, y no podeis obrar la vuestra sino adelantando la del prójimo, porque esa es vuestra vocacion.

»En ningun orden hay tantos santos como en el de los Obispos. Permaneced en esa nave donde Dios os ha colocado para hacer la travesía de esta vida, que es tan corta que no vale la pena de cambiar de barco. Si os mareais en un navío tan grande, mas os mareareis en una

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. IV, sec. X.

»navecilla mas sujeta al movimiento de las olas (1). Si
 »dejais vuestra iglesia para buscar reposo, quizás permi-
 »tirá Dios que vuestra pretendida tranquilidad sea turbada
 »por mil penas interiores y exteriores. Dios aborrece la
 »paz de los que ha destinado para la guerra; é igualmente
 »es Dios de las batallas que de la paz.»

Cediendo á estos consejos, el Obispo de Belley se re-
 signó á permanecer en su puesto, y para llenar todos sus
 deberes, creyó que no podia hacer cosa mejor que estudiar
 á su santo amigo en todas sus acciones y esforzarse en
 imitarle. Un dia tuvo la sencillez de decírselo.

«Es gran lastima, contestó el santo Obispo (2), que la
 »amistad tenga una venda en los ojos; será preciso que
 »viva en vuestra casa como en una tierra enemiga, y que
 »sospeche de vuestros ojos y oídos como si fueran espías.
 »Sin embargo me dais gusto hablándome así, porque hom-
 »bre prevenido vale por dos, y esto equivale á decirme:
 »Hijo del hombre, ten cuidado y obra siempre bien, por-
 »que Dios y los hombres te vigilan. Es preciso decíroslo:
 »sois cruel conmigo, pues no solo me rehusais vuestros
 »caritativos avisos, sino que quereis hacerme cómplice de
 »vuestras faltas con esta injusta imitacion. Yo me conduz-
 »co de otro modo con vos; los menores defectos en vos me
 »son insoportables, y lejos de imitarlos, me hago una vio-
 »lencia extrema cuando los disimulo algun tiempo, para
 »esperar una ocasion favorable de advertiroslos.»

Los dos amigos iban algunas veces á pasear por el jar-
 din del palacio episcopal, á consultar la biblioteca, á vi-
 sitar á los cartujos que estaban en las inmediaciones, y en
 todas partes el santo Obispo sacaba del tesoro de su cora-
 zon buenas y útiles palabras. Aun paseándose, inculcaba
 á su amigo la necesidad de unir la desconfianza de sí mis-
 mo á la confianza en Dios. «La una sin la otra no produ-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. VII, sec. V.

(2) *Idem*, part. II, sec. XV; part. VII, sec. X, part. XXI.

»ce mas que inquietud, desaliento, y cobardía, mientras
 »que la una unida á la otra, es alegre, animosa, y da atre-
 »vimiento para decir con el apóstol: *No seré yo* quien
 »obrará, *sino la gracia de Dios conmigo.*» Le hacia notar la
 vanidad de la opinion, que es una causa tan frecuente del
 desaliento. «Cuantas personas hay, decia (1), que sacrifican
 »al ídolo de su reputacion. ¿Y qué es, despues de todo,
 »sino una sombra, un poco de humo, una alabanza, cuya
 »memoria perece con su eco, una estimacion á menudo
 »falsa, que hace que algunos se admiren de ser alabados
 »por virtudes que no tienen, y censurados por defectos
 »que no han cometido? Los que se quejan de las murmu-
 »raciones son muy delicados; me he picado, se dice para
 »significar que se ha recibido una injusticia; es necesario
 »tener la piel muy tierna para no poder sufrir una pica-
 »dura. ¿Hubo nunca una reputacion mas calumniada que
 »la de Jesucristo? ¿Quién ha recibido tantas afrentas como
 »los apóstoles y los mártires? Todas las penas miradas á
 »través de la cruz de Jesucristo, desaparecen como las
 »estrellas en presencia del sol; y la paciencia cambia
 »todos nuestros males en bienes, como la abeja saca la
 »miel del jugo del tomillo, amargo naturalmente.»

Con estas graves reflexiones, el santo Obispo mezclaba
 á veces inocentes chanzas. «Un dia, refiere el Obispo de
 »Belley, que yo habia predicado en la toma de hábito de
 »dos hermanas que abrazaban juntas la vida religiosa, un
 »buen anciano eclesiástico, presente al sermón, no habia
 »cesado de llorar y suspirar. Pregunté la causa á mi bien-
 »aventurado padre.—¡Ah! me contestó, es que ha perdido
 »su aureola.—¿Qué quereis decir con eso?—Es que ha sido
 »casado, ha tenido esas dos hijas de su matrimonio, se ha
 »hecho luego sacerdote, y así de mártir ha pasado á con-
 »fesor.» (2)

Si se obstinaban en sostener un parecer contrario al

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. VI, sec. X.

(2) *Idem*, part. I, sec. XXI.